

DE ALGUNAS DE LAS ARTES DEL APÓSTOL SANTIAGO

Corría la última de las calendas del mes de diciembre, o sea nochevieja, de aquel año que resultó ser el último del milenio. Era una noche en la que el agua y el viento azotaban con furia las fachadas de la ciudad del apóstol. Dos enamorados paseaban por las viejas rúas mojadas cogidos de la mano, pero la sombra de la duda recorría aún sus corazones.

Habían acudido hasta allí para que ese lugar que para ellos resultaba mágico, fuera testigo de la que había de ser su promesa definitiva, aquella que debía conducirles a recibir el sacramento del matrimonio. Habían ido hasta Santiago de Compostela para estar seguros de que la unión de estos dos peregrinos habría de ser para siempre.

Quiso la suerte que esa tarde no hubieran salido demasiado bien las cosas, y que ése con el que tanto habían soñado resultara ser un mal día por causa de una discusión nacida de un quítame allá esa lluvia y un déjame en paz dicho a destiempo. Pero allá se fueron ellos, obstinados, hasta la catedral del Santo Apóstol, cuando la noche ya hacía un rato que había caído sobre esta historia.

Muchas veces había paseado por allí antes de conocerse y para ellos ya resultaban familiares los croques frente al Pórtico de la Gloria, entrar en

la Corticela o incluso abrazar la barroca imagen del Santo que hay bajo el baldaquino.

Y en estas estaban, caminando entre las columnas, cuando él decidió que quería volver a contemplar la monumental obra del maestro Mateo. Quizá fuese para permitir que ella tuviera ese corto o largo, que nunca se sabe qué es mejor en estos casos, momento de soledad que a veces es necesario disfrutar antes de los grandes pasos que se dan en la vida.

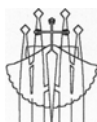
Así que él recorrió la nave de nuevo y llegó hasta el pórtico mientras ella quedaba sentada en un banco, en medio de todo, esperando quizás un milagro, alguna señal que le ayudase a delimitar cual era el camino correcto que debía tomar a partir de ese día.

Allí, en la cabecera de la catedral, frente al pórtico estaba él, Inquieto mientras observaba la nave, a su mente acudían todo tipo de pensamientos. Desde aquel de decía que iba a ser mejor abandonar esa idea pues aún era demasiado pronto, hasta ese que dilucidaba que había que decidir de una vez el camino a tomar, pues empezaba a impacientarle la espera.

Entonces fue cuando apareció ese hombre. Desgarbado, con barba rala y pelo cano, llevaba puesta una gabardina de indefinible, por la cantidad de tiempo que debía haber pasado desde la última vez que se lavó, color claro.

Se sentó junto a ella y besó su mejilla. Él, que lo contempló desde la lejanía, pensó que sería uno de tantos, de esos que se conocen cuando se es peregrino.

El hombre sonreía y miraba hacia ella con alegría, aunque parecía no hablar. Así que él decidió acercarse



para saludarle y, de paso, enterarse de quien demonios podía ser aquel tipo.

Así, cuando el caballero llegó hasta donde su dama estaba junto a tan extraño personaje, se dio cuenta de que ella le miraba con gesto de extrañeza, pues parecía no conocer quién era el que se encontraba sentado a su lado.

El hombre continuaba allí, con una sonrisa dulce que además parecía sincera, mientras que el caballero sólo decía un tímido "Hola" sin saber muy bien que pensar.

Entonces, el anciano sonriente le dijo a ella: "Ve con él", "Ve con él". Mientras hacía un gesto animándola a levantarse.

La dama se puso en pie y el caballero la tomó de la mano para llevarla consigo, pues no tenía demasiado claras las intenciones de aquel desconocido.

Pasaron unos pocos segundos y el vio que por el rostro de ella brotaban las lágrimas.

—¿Qué te pasa? Preguntó sin entender.

—Estaba pidiendo al apóstol una señal que me indicara cual debía ser el camino.

El caballero volvió la vista atrás, pero el anciano de blanca barba ya no estaba en el asiento. Tampoco pudo verle aunque buscó con la mirada por toda la catedral.

Sólo habían pasado unos pocos segundos. No podía haber desaparecido tan rápido.

—¿Quién era? —preguntó él, aunque empezaba a intuir la respuesta—.

—No lo sé —respondió ella aún sollozante—. Pero me ha dicho lo que debía hacer.

—¿Tú crees que podría ser...?

—Tampoco lo sé —repitió—.

Y él volvió a buscar de nuevo con la mirada a aquel anciano que había desaparecido como por encanto.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto él inquieto—.

—Nada más que lo que has oído. Sólo sonreía —fue lo único que ella acertó a decir—.

La noche prosiguió hasta desembocar en el fin del año (y del milenio), y con ese momento llegó el punto mágico que tanto habían esperado los dos. Y aunque llovían chuzos de punta sobre la plaza de la Quintana, dos vivos, allí estaban ellos, en pie sobre las escalinatas.

Mientras cada uno sostenía un paraguas casi desmontado y un vaso de plástico son sidra, decidieron que ese año que empezaba sería el de su casamiento y también decidieron que ocurriera lo que ocurriese, nunca habrían de arrepentirse de aquello que estaban decidiendo en ese momento.

Pero fue ella quien lo pidió.

Ahora, ya ha pasado el tiempo, y dos de los protagonistas de esta pequeña historia están felizmente casados y han recibido ya la llegada al mundo de un pequeñuelo que alegra aún más sus vidas. Pero, como dijo no se quien: esa... es ya otra historia.

Del otro protagonista nunca más se supo, aunque a ellos les gusta pensar que realmente era...

NOTA: El pequeñuelo, por supuesto, se llama Santiago.

José Luis del Campo

